

EL DÍA DE BENITO PELÁEZ

Cuando sonó el teléfono Benito Peláez sintió tanto miedo que los calcetines se le resbalaron a los tobillos. Le habían dicho que le llamarían en cualquier momento, y que cuando lo hicieran tenía que dejar lo que estuviera haciendo para subir al despacho del director. En los cuarenta años que llevaba en la fábrica nunca había subido, de ahí que los nervios le tuvieran con aquel temblor de piernas delante de la puerta del Sr. Verrón. Tocó con los nudillos y pidió permiso para entrar rezando por no ser uno de los que elegidos en el plan de ajuste con prejubilaciones.

- Pase -la voz del director sonó grave-. Siéntese. Usted es Peláez, Benito Peláez. ¿Correcto?

- Sí señor.

- Entonces permita que le felicite y le dé la enhorabuena.

- ¿A mí? ¿Por qué?

- Porque se prejubiló. Eso es tener suerte.

A Benito los calcetines se le escurrieron un poco más. Estuvo a punto de decir que si aquello era suerte debía ser de la mala, porque según le habían dicho los compañeros la prejubilación consistía en cobrar una parte del subsidio de desempleo y luego quedarse con la mitad del sueldo. Pero Benito no dijo nada. Se limitó a mirar el documento que estaba encima de la mesa y ver que lo enmarcaba un recuadro negro, razón por la que todos en la fábrica lo llamaban *la esquela*.

- Firme aquí, al final, donde está su nombre.

- Pero la jubilación es voluntaria, ¿verdad? -quiso saber Benito-.

- Claro que es voluntaria—mintió el director para quién el concepto *voluntariedad* no figuraba en su plan de reconversión-.

- Es que estoy pensado que de momento no me voy.

El director no se inmutó, se limitó a consultar el expediente de Peláez tratando de descubrir porque no quería marcharse. Nunca había visto un expediente tan corto: dos líneas, una con la fecha de contratación y otra con el puesto en la empresa. El tal Peláez llevaba cuarenta años trabajando de mozo de almacén donde nunca había tenido ni un ascenso pero tampoco una amonestación.

- Pero Peláez, después de tantos años, ¿cómo dice que de momento no se va? Se tiene merecido el descanso.

- Es que ahora prefiero estar ocupado.

- Ande, ande, firme de una vez y vaya a celebrarlo con sus compañeros.

En toda la vida laboral Benito Peláez nunca había dejado de cumplir una orden, y como las palabras del director sonaron a orden, sobre todo la frase de "*firme de una vez*", tomó el bolígrafo, trazó una B gorda y mayúscula, y se detuvo.

- Lo siento, Sr. Verrón, pero no firmo.

El director echó los hombros hacia atrás, se ajustó el nudo de la corbata y rectificó los puños de la camisa hasta dejarlos a dos centímetros exactos de la mangas de su chaqueta.

- Peláez, me sorprende su actitud. ¿No se da cuenta de que esto es lo mejor que le puede pasar?

- Y yo se lo agradezco. A usted, y a la empresa. Pero dadas mis circunstancias personales prefiero seguir trabajando. Y por favor, no piense que es por llevarle la contraria.

El director consultó su reloj. Eran las doce y cuarto, y hasta las doce y media, que había quedado en ir a ver a otro director amigo para hablar de golf, no tenía prisa. Los anteriores protocolos de jubilación los había resuelto sin problema así que podía perder unos minutos con aquel empleado. Es más, le venía bien entretenerse con algo que no fuera jugar con el teléfono móvil.

- De acuerdo. Si no se quiere firmar, no pasa nada –el director se levantó dejando en el sillón la mentira que acababa de pronunciar pero convencido de que al final firmaría, ahora era más importante mirar por la ventana-.

- Entonces, ¿puedo volver al almacén?

- Espere unos minutos. Siempre tengo tanto que hacer que son pocas las ocasiones que se me presentan para hablar con los empleados -lo dijo muy cerca del cristal observando la entrada del aparcamiento donde estaba su coche-.

Como de costumbre no vio a nadie merodear la entrada, excepto al guardia de seguridad. El director se asomaba cada media hora mirando hacia el mismo sitio para controlar el aparcamiento. Su BMW estaba allí, un deportivo de tres puertas, rojo furioso, al que le habían pichado las ruedas en seis ocasiones, justo las semanas que llevaba con los ajustes de personal. Los guardias de seguridad no daban con el responsable, y él les había obligado a aumentar la vigilancia. De haber podido

prescindir del coche en el último mes lo habría hecho, pero lo necesitaba para ir a la fábrica.

- Peláez, ya que estamos de charla, ¿por casualidad no sabrá usted quién pincha las ruedas de mi coche?

- Yo no tengo coche, Sr. Verrón.

El director estuvo a punto de decirle: *“no le he preguntado si tiene coche, le he preguntado si sabe quién pincha las ruedas del mío”*, pero se calló, de momento era mejor olvidarse del tema. Luego volvería con él.

- Bien, Peláez, ¿y puede saberse por qué no se prejubilaba?

- Pues verá, Sr. Verrón, entré en la fábrica con veinte años, ahora tengo sesenta y uno, y prefiero quedarme hasta el final.

- Lo que en el mundo laboral se conoce como “un empleado de toda la vida” -dijo el director que detestaba ése tipo de empleados porque eran los menos rentables, los menos productivos y los más caros de despedir-.

- En cuarenta años nunca he faltado al trabajo- continuó Benito-, ni siquiera cuando estaba enfermo. Tampoco he puesto reparos a quitarme vacaciones, ni a echar horas si me lo pedían. Como mozo de almacén siempre he hecho lo que me han mandado. Supongo que alguno pensará que después de tanto tiempo haciendo lo mismo es porque no valía para nada más. Pero a mí no me importa que lo piensen. Mi trabajo si se hace bien es importante, que alguien tiene que ocuparse de las cosas pequeñas.

- Curiosa apología del mozo de almacén, Peláez. Pero todavía no me ha dicho porqué no quiere prejubilarse. ¿Solo por qué le gusta ser mozo de almacén?

- Por eso... -Benito dudó-, y porque me he quedado viudo hace un año.

- ¿Y?... -preguntó el director- dejando la conjunción copulativa colgada en el aire.

- Pues que estoy solo.

Verrón encendió un cigarrillo aunque sabía que estaba prohibido fumar en la empresa. No comprendía que tenía que ver la muerte de su mujer y la soledad, con la empresa y la prejubilación.

- He pensado -la voz de Benito sonó con timidez-, que después de dar todo mi tiempo a la fábrica es hora de que la fábrica me devuelva algo a mí.

- ¿Devolver?... -el director no estaba seguro de haber oído bien-.

- Verá, Sr. Verrón, he echado cuentas y le puedo asegurar que he pasado más horas despierto aquí que mi propia casa, que he compartido más bocadillos con los compañeros de trabajo que comidas con mi mujer. Bueno..., yo y todos. Seguro que

usted también. Por eso me parece justo que ahora que me he quedado viudo y que me falta ella, la empresa me devuelva un poco de lo que le di. No quiero estar solo. Me entiende, ¿verdad?

El director volvió a rectificar los centímetros de los puños de su camisa con la chaqueta. Tenía que hablar con otros directores de las excelencias del sastre que había encontrado. Caro, pero bueno.

- Resumiendo, Peláez, que no se quiere marchar.

- No es que no quiera, es que prefiero quedarme.

El director consultó el reloj. Iba siendo hora de ir a hablar de golf, de bajar a por el coche y de cruzar los dedos para que nadie le hubiera pinchado una rueda.

- Peláez, los dos tenemos obligaciones. Cerremos el tema.

- ¿Vuelvo al almacén?

- Sí. Pero antes hágame un favor, mire la cifra que hay en este documento, y luego compárela con la que hay en este otro -Benito miró la cifra de *la esquila* y luego la que había en el otro documento-. La primera -continuó el director-, es la cifra de su prejubilación; la segunda, la de un despido incluyendo la indemnización por improcedencia. Como puede ver las cifras son parecidas aunque la de prejubilación es algo mayor. Todos sus compañeros han firmado. Del almacén solo falta usted.

- ¿Y con esto que me quiere decir?

- Que la empresa ha decidido que mañana no venga a trabajar. Bien porque se prejubilaba o bien porque se le despide.

- Entonces..., ¿lo que le he contado no sirve de nada?

- Sirve, claro que sirve. Y más de lo que usted cree. Hasta se me ocurre que podemos buscar una solución que nos satisfaga a los dos.

- ¿Cuál? -quiso saber Benito-.

El director se relamió en el cargo, era el momento de rendir al empleado a su voluntad. Lo único que hacía falta era mentirle diciendo que conservaría su puesto de trabajo a cambio de que le dijera lo que quería saber.

- Peláez, me comprometo a dejarle en la empresa si me da un nombre.

- ¿Un nombre?, Sr. Verrón.

- Quiero saber quién es la persona que pincha las ruedas de mi coche. Ése fantasma con el que no dan los guardias de seguridad. Las ruedas no se pinchan solas.

Benito sintió que los calcetines se le resbalaban aún más, que huían hasta la punta de los zapatos. De haber podido se habría escondido con ellos.

- ¿Pretende que sea un chivato? -la voz se le quebraba por momentos-.

- Chivato es una palabra demasiado gruesa para una conversación entre amigos.

Digamos que me lo cuenta porque quiere.

- Yo no soy su amigo, Sr. Verrón-.

- Pero puede serlo -dijo el director que aprovechó para encender otro cigarrillo y volver a saltarse la norma de no fumar por la que él mismo había sancionado a varios empleados-. Usted me dice el nombre de la persona que pincha las ruedas de mi coche, y yo me olvido del finiquito y de la prejubilación.

Benito se rascó la cabeza, y no porque tuviera que pensar mucho, si no porque era la primera vez que una respuesta suya parecía importarle a un director. Por supuesto sabía quién le pinchaba las ruedas, y que no era una persona sola, si no varias. Lo sabía él como lo sabían todos los trabajadores de la fábrica, sobre todo los guardias de seguridad, porque eran ellos precisamente quienes hartos de los despidos lo hacían por solidaridad con los compañeros.

- Si le es más fácil escribirlo que decirlo, hágalo -Verrón le acercó un papel-. Nadie se va a enterar. Recuerde que las opciones son dos, o escribir un nombre o firmar la hoja de prejubilación.

Benito le miró y sintió pena. Tomó el bolígrafo y cerró los ojos imaginando lo que implicaba no volver a trabajar y quedarse en casa. Cogió *la esquila* y la separó, cogió el papel en blanco y pensó en la cara de sus compañeros al enterarse de lo que iba a hacer. Sonrió, y fue en ese momento, justo en ese momento, cuando escribió:

"No le voy a decir el nombre de nadie que le haya pinchado las ruedas hasta hoy, pero le voy a dar el nombre del próximo que lo va a hacer. Y ése no es otro que el que suscribe. Benito Peláez".

Se levantó, dio media vuelta y salió del despacho del director. Y según bajaba las escaleras hasta el almacén se puso a llorar, pero no por saber que esa misma tarde recibiría una carta de despido, si no por sentir como los calcetines salían de su escondite y le empezaban a trepar orgullosos por los tobillos. Su dignidad bien lo valía.